



En la guerra de Carmen de Burgos: Crítica del proceso de nacionalización e imperialismo español en Marruecos

Ana Zapata-Calle

Carmen de Burgos (1867-1932), también conocida en sus publicaciones periódicas como Colombine, fue una escritora comprometida con la realidad social de España que siempre estuvo vinculada con los intelectuales y escritores de su tiempo. No obstante, después de su muerte, su trabajo dejó de ser considerado por haber apoyado la causa de la Segunda República española. Gracias al cambio político, tras la dictadura franquista, su obra ha sido recuperada y reconocida en los últimos años en los que numerosos investigadores han estudiado sus cuentos, sus novelas y ensayos, reconociéndole, sobre todo, su labor en la lucha por los derechos de la mujer. Como indica Jennifer J. Wood, “Recent scholars interested in neglected women writers of the past have worked to restore her reputation and reestablish her importance. Today, Carmen de Burgos ranks with Emilia Pardo Bazán and Concepción Arenal as a pioneer in the defense of women’s rights in Spain” (373). Sus ideas y propuestas fueron expuestas no sólo en su obra de ficción y en sus ensayos, sino también en sus artículos periodísticos, destacando sus contribuciones en dos periódicos madrileños: el *Diario Universal* con su sección “Lecturas para la mujer” y el *Heraldo*, con su sección “Femeninas.” Entre los investigadores que han destacado el papel de Carmen de Burgos como feminista destacan, entre otros, Maryellen Bieder, Michael Ugarte, Roberta Johnson, Susan Kirkpatrick o Francisca Paredes-Méndez. Sin embargo, el tema principal de este artículo no gira en torno a cuestiones de género sino que este tema es sólo un elemento más dentro de un marco mucho más amplio: la construcción del discurso de la nación española concebida dentro de los parámetros de los Estados modernos en su novela corta *En la guerra* (1909). Esta novela surge de la experiencia de la novelista como primera mujer reportera de guerra al servicio del *Heraldo* en Melilla durante el verano de 1909.

Colombine fue una escritora comprometida y prolífica que superó cualquier tipo de categorización generacional. Como afirma tajantemente Concepción Núñez Rey, “Carmen de Burgos participó plenamente en las brillantes generaciones literarias que pugnaron por la modernización de España y que protagonizaron la llegada de la Segunda República. Una época que hemos convenido en llamar nuestra Edad de Plata” (“La narrativa...” 347). Aún así, con la novela que nos ocupa, *En la guerra*, podríamos ubicarla como participante de la discusión de los conflictos nacionales que se desarrolló en la literatura finisecular. Entre éstos destacan temas como la organización de la nación,

la necesidad del regeneracionismo de un pueblo enfermo y su melancolía, la división social en clases y los movimientos revolucionarios, el expansionismo militar e imperialismo en Marruecos, la imagen y el papel de la mujer en la España moderna, y el tema del género narrativo mismo, el de novela corta, como un género nuevo moderno accesible a las masas consumidoras del mismo.

Dentro de esta literatura, el discurso de la mujer escritora difiere del discurso canónico ya que, como indica Michael Ugarte, “[w]omen’s writing and thinking during this time is yet another focus since it questions the conventional wisdom of our areas of investigation, and as many feminist cultural theorists tell us, when we look at civilization through the eyes of a woman, the whole world seems to change (“The Generational Fallacy...” 263). Carmen de Burgos va a responder en *En la guerra* a esta otra manera de mirar el mundo y su discurso constituye una fuerte crítica contra el patriarcado que se impone en la construcción del Estado moderno finisecular, además de cuestionar profundamente las empresas coloniales que la formación de este Estado-nación llevaba implícitas a finales del siglo XIX y principios del XX. Como reportera, Colombine plasmó en sus artículos muchas de las ideas que aparecen reproducidas en la novela. Jennifer J. Wood en “A Woman Writing War in 1909: Colombine in Melilla” recoge las características de sus textos como reportera de guerra en comparación con los escritos por corresponsales hombres. Según Wood, “She chose not to focus on the epic of battle but instead to portray other aspects of the war story [. . .] as a woman reporter, she was allowed into the private, domestic spaces inhabited by Arab women that were strictly off-limits to men” (375-77). Además, al trabajar también para la Cruz Roja, Carmen de Burgos pudo ver el trasiego de la guerra desde el margen, desde los hospitales, en las casas de los habitantes de Melilla, o desde los campamentos de los soldados rasos para quienes escribía las cartas que enviaban a sus familias.

El argumento es muy sencillo: Alina, la esposa del comandante, Luís Ramírez, acompaña a su esposo en los eventos sociales que organiza la élite del ejército español en Melilla en las guerras del Rif, en uno de los cuales conocerá al veterano Gonzalo Ruiz, de quien se enamorará. A través de los ojos de Alina, el lector verá la vida del campamento y sentirá el miedo ante la posible muerte del amado, Gonzalo. Cuando, tras una heroica batalla, traen a Gonzalo muerto, ella expresará todo su amor reprimido por el fallecido en frente de su esposo, quien morirá igualmente en la siguiente batalla tras un posible acto suicida. Con esta historia de amor frustrado, Carmen de Burgos será capaz, como veremos, de expresar la alegoría del intento fallido de la modernización de España a partir de las guerras expansionistas y de la centralización nacional. Bajo la máscara del posible romance extramatrimonial entre Alina y Gonzalo, se muestran, como veremos, las tensiones que vivía la propia sociedad española de principios del siglo XX. Entre líneas, se esconde la tensa situación político-social nacional, especialmente en los meses del verano de 1909, cuyos sucesos sangrientos más destacables fueron los eventos acaecidos en Barcelona durante La Semana Trágica y el combate del Barranco del Lobo en la guerra de Marruecos. Nuestra autora crea una alegoría donde la sociedad española se muestra como un ejército organizado y en guerra. Con ella, responde a algunos intelectuales como Angel Ganivet o Miguel de Unamuno al invertir los mitos del concepto de civilización frente al de barbarie, el de la idea de España como una Castilla

unificada y expandida pacíficamente y el de la mujer virginal como modelo y madre patria.

En este artículo desarrollaremos distintos temas que contribuirán a entender cómo la alegoría del intento de modernización de la nación española está plasmada en el relato. En primer lugar explicaremos la importancia de las guerras del Rif en el discurso nacional y atenderemos a la repercusión de la prensa y del género de la novela corta en el mismo. Después, compararemos la novela corta que nos ocupa con otra novela larga de la misma autora publicada también en 1909, *Los inadaptados*, donde se puede ver el juego de espejos entre los almerienses de *Los inadaptados* y los marroquíes de *En la guerra*, siendo Almería la tierra natal de la autora. Esta identificación geográfica y cultural nos llevará a otra identificación, la de la protagonista Alina con la propia escritora en algunos aspectos, y a la construcción del personaje femenino como una mujer burguesa representante de la madre patria. Este personaje, sin embargo, va a desestabilizar la imagen mariana propuesta en un principio como modelo para la mujer moderna. Lo siguiente será mostrar el hecho de que, bajo la imagen ideal de la madre patria, se organiza internamente el Estado o la ciudad que está surgiendo en Melilla como una sociedad jerarquizada al igual que un ejército. Veremos cómo esta organización patriarcal excluye la participación activa de la mujer y tiene a la Iglesia como una institución necesaria para “civilizar,” término que la autora pondrá en cuestión. Para llevar a cabo este cuestionamiento, Colombine mostrará a los rifeños campesinos que se resisten a la modernización, considerándolos víctimas del ejército nacional y poniendo en entredicho la espiritualidad y los motivos filantrópicos de la conquista. Por último, analizaremos la falta de resistencia de la mujer como colectivo a la exclusión a la que se la somete por parte del Estado.

M.C. Lecuyer y C. Serrano estudian minuciosamente cómo es relatada la preparación y consecución de la Guerra del Rif desde diferentes periódicos y posiciones ideológicas, entre ellas la progresista, la demócrata, la moderada, la absolutista y la nacionalista catalana. De su análisis concluyen que la guerra, a pesar de las polémicas que despertó entre las distintas facciones políticas divididas principalmente entre conservadores y liberales, constituyó un punto de unión con una pretendida doble función: potenciar la unidad nacional y regenerar España (92). La idea de regeneración se entiende principalmente, según Lecuyer y Serrano, en términos económicos, como la posibilidad de recuperar el poder y prestigio del imperio perdidos con respecto a las nuevas potencias europeas, para lo que se aferran al modelo del pasado glorioso e intentan ensalzar sus empresas conquistadoras: “[n]ous avons vu que, lors du conflit hispano-marocain, le courant d’opinion représenté par la presse absolutiste écarte toute préoccupation d’ordre économique et n’envisage que la possibilité, pour l’Espagne, de récupérer le premier rang parmi les nations européennes en imitant la politique de ceux qui édifièrent l’empire espagnol du XVI siècle” (96).

La idea de la recuperación del prestigio articula también el discurso de Antonio Cánovas del Castillo en su proyecto imperialista expuesto en su *Discurso sobre la nación* (1882). En él pretende satisfacer a liberales y conservadores con un proyecto de expansión territorial “a través de un nostálgico heroísmo imperial” (Barriuso 72). Como expresa a este respecto José Álvarez Junco, la empresa imperialista es parte consustancial de la construcción

nacional, no sólo en cuanto al dominio territorial, sino también en relación al prestigio internacional con respecto al resto de naciones poderosas (516). El discurso orientalista de superioridad europea frente a la inferioridad africana requiere de un posicionamiento de España en relación equitativa y competitiva con las naciones poderosas, tanto las europeas como la de Estados Unidos,

[I]n order to affirm the nation's 'whiteness' and its membership in the larger European community [. . .] In a 1847 speech to the Congress, [the conservative politician Donoso] Cortés insisted that Spain's survival depended upon decisive action in North Africa, not only to reaffirm its greatness but also to prevent France, which was working its way northward from Algeria, from closing in on the Iberian nation. (Martín-Márquez 50, 52)

El novelar la guerra de Marruecos le sirve a la autora como una vía para zafarse de la censura que ella misma experimentó como periodista en materia social y de guerra, en la que, como afirma Wood, “Colombine silenced her disapproval of war and temporarily accepted the woman's role as upholder of national morale and patriotic sentiment” (381). Un factor importante en las empresas coloniales europeas finiseculares fue el uso de la prensa para ensalzar las hazañas y los logros nacionales. Las publicaciones periódicas fueron también una herramienta para la divulgación del discurso nacional ya que se escribía para una comunidad específica, creando fronteras lingüísticas y divulgando una ideología concreta, la que se quería para la constitución de cada nación y el control de la opinión pública. La prensa se constituye como la vía más común para divulgar las ideas sobre el apoyo nacional a la guerra ensalzando los beneficios de la misma. Por ello, en *En la guerra* no podía faltar la referencia a su importancia. La propia autora se desplazó hasta Melilla trabajando con la Cruz Roja para cubrir, como periodista del periódico madrileño *El Herald*, la información referida a la guerra del Rif. Como ella, muchos más periodistas ocupaban la zona, como aparece en la novela: “los periodistas se desesperaban; siempre de un lado para otro, sin encontrar noticias emocionantes, obligados a recabar de sus amigos los pensamientos y las conjeturas” (196). Los reporteros eran los encargados de narrar las hazañas gloriosas, de entretener con noticias emocionantes y, si no las encontraban, tenían que recurrir a la especulación o ficción para cubrir sus columnas creando un relato heroico y épico. Es interesante que los soldados estén esperando leer, además de otros asuntos nacionales, las noticias sobre las glorias de la guerra, cuando supuestamente ellos las están viviendo y no necesitarían que otras personas les informaran de ellas: “Los días de llegada los carteros de los regimientos acudían temprano al muelle, ansiosos de ver entrar *El Mahón*, *El Velarde* o *El Cisne*, que les llevaban las noticias esperadas como bálsamo bienhechor entre las zozobras de la campaña” (189). La prensa se siente como un vínculo de unión que conecta a los integrantes de una comunidad por medio de la narración y la ficción, más que por la observación de la realidad.

Otra forma de divulgar los discursos nacionales en masa a principios del siglo XX era a través de la impresión y divulgación de folletines o novelitas cortas, vendidas semanalmente junto con otras publicaciones de prensa periódica. Estos géneros narrativos y de ficción contribuían a crear las comunidades imaginarias, según las teorías

de Benedict Anderson. La novela corta se desarrolló a principios del siglo XX como un producto de consumo rápido para una gran masa de lectores. Es dentro de este fenómeno editorial, que distribuía los textos en grandes tiradas a un público popular, bajo el cual se concibe *En la guerra*. Amparo Hurtado al estudiar las escritoras de este periodo que desarrollan la novela corta afirma que de Burgos, entre otras escritoras contemporáneas como Concha Espina, Sofía Casanova o Isabel Oyarzábal, tuvo su espacio en la narrativa de alcance popular, la considerada como de género menor por parte de los representantes de la alta cultura, con más de un centenar de títulos (142).

En la guerra recoge algunas experiencias escritas en sus artículos combinadas con la ficción. Ésta se constituye como una salida a la fuerte censura que sufrían los periodistas de la época, especialmente sobre los eventos acaecidos en Barcelona en La Semana Trágica y en el combate del Barranco del Lobo en la guerra de Marruecos. Sobre cómo la autora supera el margen de la censura en su novela escribe Gabriela Pozzi:

We can perceive the effects of censorship (self-imposed or otherwise) in the articles, while Burgos exhibits a less fervent patriotic stance in the novella. The fictional text surrounds the description of the mass with two mentions of the massacre of the Barranco del Lobo—a heavily censored event, as can be gleaned from *El Heraldo's* coverage. This was an especially painful defeat for the Spaniards, in that they suffered heavy losses and were unable to recover their corpses until two months after the battle. (198)

En la novela se introducen los resultados de la devastación sufrida en el Barranco del Lobo al mostrar los cuerpos descuartizados una vez que, en el texto, se gana una batalla y el ejército avanza hasta el territorio donde se había producido la masacre. Para lidiar con la censura, la autora presenta este avance como un evento heroico, siempre exaltando al ejército español. Pero a pesar de esta exaltación, la idea de horror, fracaso y devastación invade la escena al completo. La misma historia de amor es una historia de un doble fracaso. Las dos relaciones de Alina, la matrimonial y la extramarital, fracasan con el mismo final trágico: la muerte en el campo de batalla de sus dos hombres, su esposo y su amado. Estas dos muertes podrían leerse como los dos fracasos y las muertes acaecidas casi paralelamente en el estado de guerra declarado en Barcelona contra los obreros, así como en la matanza de Marruecos. Se trataría de dos guerras fracasadas, una en terreno nacional y otra colonial, reflejadas en el texto bajo las muertes de los dos protagonistas.

En la ficción, de Burgos va a romper con la idea del romance tradicional al subvertir la imagen de Estado como familia y proponer a una mujer que se desvía de los afectos maternos y conyugales deseando a otro hombre fuera de su matrimonio. La nación española, como Alina, se lanza a encontrar en el extranjero la unidad y homogeneidad nacional que no tiene dentro de sus límites. La crisis y ruptura del matrimonio servirá como espejo de la falta de unidad nacional, y como crítica a unas normas que someten a los individuos por medio de instituciones en contra de la voluntad de los individuos. Alina no se siente libre y vive sin poder realizar sus deseos para con Gonzalo; tanto Alina como los grupos nacionales periféricos catalanes van a romper con las imposiciones institucionales. Como Pedro de Alarcón expresa en su *Diario de un testigo de la guerra de África*, relato de la conquista de Tetuán de la guerra de 1859-60, los españoles deberían

buscar el desarrollo de las regiones peninsulares que permanecen “incultas” antes de intentar colonizar otras tierras (334).

Al situar *En la guerra* en su contexto histórico, no es fortuito que se publicara tras el verano de 1909, justo después de que ocurriera la represión militar de La Semana Trágica de Barcelona entre el 26 de julio y el 2 de agosto contra los proletarios y los que protestaban contra el envío de tropas a África. Esta represión coincidió con la masacre acaecida en el Rif en el Barranco del Lobo el 27 de julio, de la que incluso se incluye una copla cantada por un soldado:

Del 27 de Julio de 1909
 el Batallón de Llerena
 muy triste recuerdo tiene;
 al alto del Gurugú
 a pelear nos llevaron
 el cual todos subimos
 muy valientes y animados.
 Apenas empezó el fuego
 muchas bajas nos causaron
 de los jefes y oficiales
 no quedaron más de cuatro. (187)

Los trabajadores pobres catalanes se rebelaron al ser obligados a luchar en Marruecos cuando el sistema establecido por el primer ministro Antonio Maura permitió a los hombres ricos y a los de clase media pagar un tributo para librarse del servicio militar. Esto produjo una politización de los trabajadores organizados en partidos anarquistas anticolonialistas que se vieron a sí mismos como individuos a colonizar, al igual que los marroquíes, por el gobierno central (Martín-Márquez 163).

Esta identificación es la que intenta presentar también Carmen de Burgos en su novela al crear la metáfora del espejo entre los campesinos peninsulares y marroquíes. No es una mera coincidencia que la propia escritora publicara el mismo año una novela larga titulada *Los inadaptados*, refiriéndose a su pueblo natal almeriense, Rodalquilar, para mostrar los problemas del campesinado peninsular y su explotación. Además de Carmen de Burgos, sobre las duras circunstancias de los campesinos valencianos escribió también un contemporáneo suyo, Vicente Blasco Ibáñez, quien con sus novelas regionalistas *La barraca* (1898) y *Cañas y barro* (1902), refleja los conflictos entre las distintas clases sociales y entre los mismos campesinos valencianos como consecuencia de la pobreza y opresión social. Tanto Carmen de Burgos como Blasco Ibáñez muestran que la desestabilización social del momento abarcaba no sólo al proletariado sino también al campesinado en territorio nacional.

A los habitantes de Rodalquilar se los considera en *Los inadaptados* como “moros” viviendo en un espacio peninsular y marítimo que nada tiene que ver con la imagen de Castilla creada por los ideólogos nacionalistas, quienes estaban reflejando en sus discursos la idea de una España de identidad homogénea, incluso en su geografía. Frente a esto, Rodalquilar tiene una historia propia que se opone a la oficial y se presenta, por tanto,

como un espacio externo o inadaptado al del sistema del Estado moderno católico, pendiente de homogeneizar dentro del proyecto de unidad nacional. La comparación entre *Los inadaptados* y *En la guerra* nos permite ver que lo que se presenta en la novela corta no es sino un reflejo de la propia sociedad española presentada en África como ya hiciera Ángel Ganivet en *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid* (1896), para evitar, quizás, problemas con la censura.

La autora enfatiza que los vestigios de los moros y judíos no se han podido borrar y que incluso el paisaje almeriense se conecta más con África que con Castilla:

Rodalquilar tiene su historia, una historia borrosa que se confunde con la leyenda. [. . .]Las consejas narraban que los moros tuvieron en el valle un emporio de sus riquezas; mas *los perros* fueron arrojados al otro lado del mar por unos reyes *santos*, que en nombre de Dios les echaban de sus hogares y les arrebataban las riquezas. Vestigios del paso de los moros quedaban allí todavía. (*Los inadaptados* 20)

En este párrafo se vuelve a la primera ola de homogeneización moderna, cuando judíos y musulmanes fueron expulsados en nombre de una nación católica. De Burgos le da la vuelta al pasado nacional glorioso para mostrar la intrahistoria, la realidad de las víctimas y la actuación miserable de los que llevaron a cabo la expropiación. Además, la cercanía de las costas facilitó en el siglo XIX la emigración constante de campesinos españoles hacia la nueva colonia francesa de Argelia, donde en 1858, y como recoge Martín-Márquez, sumaban ya unos cincuenta mil españoles instalados en territorio franco-africano (51). Si los expulsados por los Reyes Católicos se llevaron consigo sus prácticas culturales peninsulares allá adonde se instalaron como expatriados, y los campesinos todas sus tradiciones, en la segunda ola nacionalista de España a finales del siglo XIX se produce lo que Martín-Márquez llama “desorientación postcolonial,” producida por el descubrimiento de que el “otro” es parte del “nosotros” y viceversa, aunque el nosotros tiene que crear un discurso que excluya y niegue al otro de sí mismo (66). De esta manera, el regeneracionista Joaquín Costa apoyó en un primer momento la conquista de Marruecos bajo la idea del deber moral de España de restaurar a la población judía y musulmana expulsada por los Reyes Católicos de la Península—aunque después, por su descontento con el funcionamiento de las instituciones estatales, expresara la idea de la negativa africanización de España, implorando una expulsión total de lo africano y un mayor grado de europeización nacional (Martín-Márquez 57, 60).

Con esta comparación entre los campesinos almerienses y los rifeños la autora muestra la centralización violenta en dos niveles: la nacional y la colonial, necesarias para crear las redes comerciales requeridas para establecer el sistema capitalista del mundo moderno. Así, el pueblo de Rodalquilar será víctima, por segunda vez, del proceso de modernización nacional, tanto como los rifeños en Marruecos lo serán del proyecto de colonización imperial finisecular dentro de un proceso con reminiscencias a las conquistas españolas de siglos anteriores. Esta identificación entre la Península y África aparece en una de las coplas cantadas por los soldados de *En la guerra*:

Mi madre tengo en España
y mi madre tengo en Melilla,
por cualquiera de las dos
daré gustoso la vida. (188)

Las dos madres de la copla se pueden ver como la incapacidad de separar la Península del norte de África culturalmente. Martha Cobb explica cómo antes del siglo XVI la imagen de África era positiva en la literatura: “In Spanish literature, the African in the person of the Moor is usually of the ruling or upper class. He is frequently characterized as a wealthy person, or a learned person, to whom Spaniards often went for counsel” (23-24). Esta unión se va a romper con la expulsión de los musulmanes y judíos de la Península, con la consecuente toma de poder de los cristianos en Europa. Este hecho constituye el principio de la creación de los Estados modernos y del concepto discriminatorio de raza y etnia—bajo los cuales, en *En la guerra*, se funda y desarrolla la ciudad a partir de un fuerte militar que se está construyendo en Melilla, con una jerarquía militar muy marcada, como veremos al tratar la distribución de los espacios de la ciudad y la estimación de cada grupo.

A esta ciudad incipiente va a llegar Colombine, como la primera mujer reportera de guerra envuelta en labores de la Cruz Roja, gracias a sus contactos y ante la sorpresa de los integrantes del propio *Heraldo*, periódico para el que trabajaba. Carmen de Burgos, en medio de un ejército de hombres, también aparece en *En la guerra* transformada en personaje, replanteándose el papel de la mujer en la sociedad española. Así, algunos aspectos de la protagonista son un reflejo de la propia autora, como el hecho de estar casada con un hombre mucho mayor que ella al que deja de amar, o el de relacionarse socialmente en un mundo aristocrático de hombres siendo ella la única mujer en contender con ellos. Alina se desplaza dentro del entorno público masculino y entre los batallones, como hizo la propia reportera. Carmen de Burgos cuenta que, “[a] veces hasta yo misma, a pesar de tener mi antifaz de *Colombine*, me he ocultado bajo otro disfraz, más tupido, y burlesco aristocrático de Condesa X, de Princesa X, o de Madame X (Citado en Ugarte, “Carmen de Burgos...” 60). El personaje es una mujer urbana que acompaña a su marido a todas las guerras emprendidas por España en África. Hay también alusiones a la guerra de Cuba, ya que el comandante Luís Ramírez se reencuentra con viejos veteranos de esta guerra. Es destacable que, a pesar de que Carmen de Burgos participa como reportera en las guerras del norte de África y posteriormente en la de la Primera Guerra Mundial, comparte con Alina su antibelicismo. Por ello, cuando el marqués de San Mario, amigo del esposo de Alina, le pregunta sobre su interés por las guerras, ella manifiesta su ideología pacifista:

—¿A usted deben gustarle mucho las guerras? Recuerdo que la vi también en Casablanca.
—No, marqués. Me arrastró a ella el mismo horror que me inspiraba... Yo había soñado que ya no habría guerras en el mundo... (169)

Además de mostrar el antibelicismo implícito, la escritora presenta en la misma escena las tres intervenciones fallidas de España en su proyecto imperialista finisecular: la pérdida de Cuba, la incapacidad para hacerse con Casablanca, y las batallas fallidas y sangrientas

del Rif, destacando la masacre del Barranco del Lobo del 27 de julio. Carmen de Burgos se vale de la estrategia de alabar al ejército como institución noble y a sus integrantes como militares heroicos para salvarse de la censura y poder desenvolver su labor periodística entre ellos, pero a la misma vez, la obra de ficción que nos ocupa comienza y termina con un rechazo a la guerra y, por tanto, a quien la lleva a cabo. Así, si la escena primera habla del horror que siente, el final de la obra está circundado por la muerte hasta el punto de que el dolor y la pérdida se hacen inmensos y Alina exclama “Maldita guerra” (217). El lector puede percibir desde el principio la idea del fracaso en todas las empresas militares españolas. El último apartado de la novela, compuesto sólo por dos líneas, cuenta además la muerte del héroe guerrero, el esposo de Alina: “[e]n el parte oficial de la última batalla figuraba entre los muertos el bravo comandante don Luís Ramírez. ¡Paz a los héroes!” (217). El antibelicismo se refuerza con este final ya que en la narrativa muere el héroe y en la realidad la misma guerra se traga y mata a aquellos que la llevan a cabo, siendo las pocas victorias que se consiguen en las batallas bastante discutibles si se comparan con las pérdidas. En 1909 ya hay un profundo cuestionamiento a nivel nacional sobre la necesidad de acabar con la guerra y la aceptación del fracaso colonial. La prensa catalana había sido la primera en comenzar a pedir la paz desde años anteriores. De hecho, el 11 de febrero de 1860 aparecen los tremendos costos, tanto económicos como de vidas humanas, de la guerra en *Diario de Barcelona*, cuestionando las ventajas materiales de la guerra (Lecuyer y Serrano 83).

En la novela, la idea del fracaso y de la muerte envuelve todo bajo la máscara del heroísmo, pero cuando los héroes mueren, el amante y el esposo de Alina, la madre patria que parece representar Alina se queda sola y sin ningún romance nacional que narrar. Esta crisis también podría leerse como la desestabilización del organismo político del gobierno de España, ya que tras las batallas en el Rif y los sucesos de la Semana Trágica se produce un cambio de gabinete gubernamental. Ficción y realidad se interconectan ya que todos los eventos ocurren en el verano de 1909 y de Burgos llega a Marruecos en agosto de 1909, como recoge Joan Torres-Pou (41), justo después de la matanza del Barranco del Lobo y de la Semana Trágica de Barcelona. Los lectores también tienen en mente estos dos eventos cuando reciben la obra.

La organización interna estatal es representada en la novela bajo la imagen del ejército, como una sociedad jerarquizada a la que hay que someterse y ejecutar órdenes sin cuestionárselas. Con esta alegoría, Carmen de Burgos parece responder a lo que Ángel Ganivet había propuesto en uno de sus ensayos de *Idearium español* como la mejor manera de organizar el Estado para conseguir la centralización, homogeneización y preparación para emprender empresas imperialistas. Según el granadino,

Organizar un ejército que sirva a la vez para una guerra a la moderna y para una guerra a la española, parece obra de romanos. Y no obstante, esa obra estuvo ya realizada en nuestra época de apogeo militar. [. . .] En un ejército continental lo más importante es la movilización de las grandes masas [. . .] en un ejército español la movilización, con ser de tan alta trascendencia, es lo secundario, y lo principal es la función desligada de las compañías, las cuales por esto mismo han de ser un reflejo y un

compendio de la nación, de todas las clases sociales, de lo actual y de lo tradicional, de lo que la nación fue y es y desea ser. (86-87)

De acuerdo a las palabras de Ganivet, nación y ejército se confunden como una misma y única estructura. La nacionalización, asociada con el concepto de la civilización frente al de la barbarie, se conseguiría a partir de un tipo de disciplina militar que jerarquizaría la sociedad por clases y establecería el orden mediante la disciplina y el castigo. Esta idea es la misma que aplica Michel Foucault en *Discipline and Punish* para hablar de la historia de los Estados modernos y la creación de las naciones.

En *En la guerra* el castigo a la desobediencia, la disciplina militar y la vigilancia siempre están presentes, sobre todo cuando llega la noche en el campamento y las medidas se refuerzan: “[c]ada cien pasos la voz de un centinela obligaba a detener el vehículo. ‘Alto’. Había que llevar el oído atento para no recibir un balazo en castigo a la desobediencia. ‘¿Quién vive?’ volvía a exclamar la voz amiga, entre la sombra, y se entablaba el consabido dialogo: ‘España’” (203). La disciplina se lleva a cabo en nombre de “España”: una España moderna que está organizada como un sistema militar. La base de este sistema la componen los soldados rasos, como la masa o el pueblo trabajador proletario de las sociedades modernas, quienes están sometidos con diversos mecanismos. En primer lugar destaca el analfabetismo de la mayoría, como se ve en la ardua tarea de los soldados de escribirles cartas a sus familiares o amadas: “No todos sabían escribir. Algunos lo hacían con tanto trabajo, que gastaban varios días en su empresa aprovechando las horas de descanso” (191). Según la narradora, en estas cartas no se hablaba de otra cosa que de sentimientos y pasiones ya que “[e]llos no sabían nada de los planes de los jefes ni de las circunstancias de la campaña. Su papel se reducía a esperar órdenes, a obedecer puntualmente la severa ordenanza; saber batirse hasta morir o vencer. Lo demás no era de su competencia” (191). En esta cita queda clara la alienación a la que el pueblo o el soldado estaba sometido, ya que son considerados como meros instrumentos para los planes de sus superiores, y no como personas. Estas órdenes debían ser llevadas a cabo sin ninguna excusa. Si no se obedecía, al sujeto se le castigaba, pero como dice la narradora, en las cartas “se callaban siempre las correcciones” (191).

Al margen de la aristocracia masculina y viril, el pueblo inculto y la mujer están identificados como los seres irracionales e inferiores para los intelectuales finiseculares. Mujeres, campesinos, soldados rasos, proletarios y africanos serán considerados como gente débil, degenerada y enferma, que una élite intelectual masculina debe encargarse de regenerar. Ellos serán el pueblo enfermo del que habla Michael Aronna al estudiar los ensayos de Ganivet: “[f]or Ganivet and the male imagination of the turn of the century, the feminine is the low, the other, the mass, the corporal, the sexually degenerative threat to the masculine self of high culture” (52).

En esta identificación de la mujer con la masa y lo instintivo, es fácil conectar en la novela la subversión “inmoral” de Alina, quien se siente atraída por un amor erótico por otro hombre en contra de los intereses del esposo, con las sublevaciones del pueblo español y la resistencia de los africanos. Estos casos son considerados como comportamientos insalubres que atentan contra la cabeza “racional” del Estado, en una interpretación orgánica del orden social. En general, a la masa se la dota de características negativas

femeninas, equiparándolos a la inferioridad que esta misma sociedad patriarcal asigna a la mujer: “[e]l alma siempre femenina de la multitud, aun siendo formada por hombres, les inclinaba a respetar a los jefes que sabían amarlos, alucinarlos con su valor, dignificándolos como se dignifica a la mujer amada” (191). Al hablar la narradora del enfrentamiento con los marroquíes, exclama irónicamente: “¡Era menester ser español para no sentir miedo de aquellos tíos!” (192).

Esta idealización del valor del soldado recae en una contradicción, ya que se considera al africano como inferior, pero el mensaje del valor y fortaleza del oponente es necesario en las empresas épicas para recordar el pasado glorioso a través del nostálgico heroísmo imperial. Paralelamente, otra fuente de melancolía que se desarrolla por la alienación del soldado a las normas y modelos militares es la “evocación al terruño” (192), considerada como una enfermedad nacional por algunos ideólogos, y que Carmen de Burgos incluye en su obra quizás como un guiño crítico a Unamuno o a Ganivet, con la conocida enfermedad de la abulia nacional de este último. El paso de una sociedad rural a otra urbana y moderna trae consigo la melancolía de la que muchos autores finiseculares escriben y que nuestra autora asocia a la alienación del individuo con respecto a las instituciones represivas y deshumanizadoras.

De acuerdo a las ideas de Zygmunt Bauman, el objetivo de la “civilización” o del concepto de “ilustración” bajo el cual se justificaban las medidas de modernización y creación de Estados modernos no era el de mejorar la vida de los integrantes de una comunidad dotándoles de educación para crear un hombre libre, sino la homogeneización y centralización del Estado al servicio de una élite que usaba a sus ciudadanos para la consecución de sus intereses. Una vez organizadas las naciones modernas, la expansión de las mismas se hará bajo las mismas bases. En la novela que nos ocupa, la élite usa a los soldados para la expansión militar en África y estos ciudadanos no se organizarán para conseguir su libertad de pensamiento, sino para matar y ser matados, obligados a vivir solos y hacinados como los proletarios y forzados a enfrentarse a sus iguales, a aquellos que no aceptan participar pasivamente en el orden burgués establecido como base estatal. De este modo, el ejército se enfrentará a los rifeños en Marruecos en la novela al igual que los militares se enfrentarán a los manifestantes en Barcelona o a cualquier otra resistencia periférica. La contradicción es clara ya que si “la civilización” pretende regenerar, en la novela es la causa de enfermedad y muerte. Si los intelectuales de la generación del 98 veían al pueblo como melancólico, enfermo, inmoral y peligroso, necesitado de regeneración, Colombine muestra la causa de esta melancolía, que no es otra que la alienación forzada del individuo por el Estado moderno. De tal manera, la modernización se presenta como una continua lucha o guerra para someter al hombre rural. El regeneracionismo se puede traducir por el sometimiento de este pueblo “hostil.” El pueblo que no se deja someter y lucha por su independencia es, en definitiva, el enemigo del Estado. Por ello, es tan enemigo el campesino español como el rifeño “moro,” así como el proletario que se rebela, o el soldado que no cumple las normas.

Otra institución importante que aparece en la novela es la Iglesia, cuya presencia se incluye dentro del orden del ejército. Alina va a reencontrarse en el capítulo tercero de la novela con su esposo y sus compañeros en una misa de campaña, aunque llega tarde y observa la misa desde el margen. Gabriela Pozzi ha estudiado el legado periodístico y la

obra de ficción de Carmen de Burgos incluyendo las cuestiones religiosas. Según esta crítica,

[T]he denunciation of religion's part in the war is constant. In her articles as well as in her fiction, Burgos points to the hypocrisy of religious rituals that simply uphold the grip of "atavismos." [...] In an article from the 10th of September ("El domingo en el campamento"), Columbine tells of a "misa de campaña." This scene, with variations, will reappear in the third chapter of the novel, where Alina finally ventures out of the hotel to the battlefield. [...] The fictional text surrounds the description of the mass with two mentions of the massacre of the Barranco del Lobo—a heavily censored event, as can be gleaned from *El Herald*'s coverage. (198)

El hecho de que el relato de la misa no sólo esté en uno de sus artículos sino también en *En la guerra* muestra la preocupación del autora por el tema de la religión. Es importante que en la novela la misa esté circundada por la alusión a la masacre del Barranco del Lobo, lo cual hace responsable a la institución de estas muertes al apoyar la Iglesia los proyectos bélicos y presentar las batallas como una cruzada religiosa; como una guerra santa. Además, Colombine incorpora un detalle en el cuerpo del cura, una cicatriz en la cabeza: "la marca de un balazo en la frente" (178). Este balazo en la cabeza podría augurar la crisis religiosa de la modernidad y su pérdida de poder dentro de la concepción orgánica del Estado.

La autora reacciona en contra de discursos tales como el aparecido en la prensa moderada del periódico *El Estado* en 1859:

España tiene el deber sagrado de llevar la religión de Cristo a ese pueblo idolatra, nómada y salvaje. España tiene el deber de entregar a la civilización ese vasto y fértil territorio divorciado de todas las prosperidades y de todos los adelantos que el genio del hombre ha conquistado para sus hermanos. (Citado en Lecuyer y Serrano 62)

La religión y el valor espiritual de la nación castellana se usa en el siglo XIX, como se hizo en las conquistas del pasado, para dar a la guerra y a la idea de nación un carácter sagrado y santo, y a la conquista, una finalidad noble. Civilizar parece ser sinónimo de crear ciudades cristianas organizadas como ejércitos, aunque alguno de los personajes de *En la guerra* pone en duda este proceso. Así, cuando un teniente habla de la desconfianza que guardan los "moros amigos," Alina le pregunta si esta desconfianza no es recíproca, a lo que el teniente contesta que sí, pero que "nosotros somos los civilizados" mientras que otro teniente le responde que "[t]al vez" (185), con lo que queda claro el cuestionamiento de la autora. Por tanto, la espiritualidad y los motivos filantrópicos de la conquista quedan en entredicho.

Otros autores finiseculares también cuestionan los objetivos de las conquistas en sus obras de ficción. En la novela de Ángel Ganivet *La conquista del Reino de Maya* (1896) se deconstruye la supuesta espiritualidad de España en sus empresas conquistadoras, algo que también hace Juan Valera en *Morsamor* (1899). Ambas novelas le dan la vuelta a los

mitos de la conquista espiritual de las almas a favor de la nación española, mostrando, a cambio, un discurso de desengaño y decepción, lleno de intereses materiales. Es interesante que tanto en el “Sueño de Pío Cid” como en la novela de Valera se presente el espacio del monasterio como centro espiritual del que se sale en busca de lo material.

Ambos personajes son aparentemente santos, uno es “Pío” y el otro es fraile, sin embargo los dos esconden el pecado del orgullo y de la búsqueda de beneficios personales a través del deseo de llevar a cabo empresas imperialistas. La protagonista de *En la guerra* también sufre el mismo pecado del orgullo nacional al afirmar la voz narradora que Alina se sentía “orgullosa de haber nacido en la tierra española, con la superioridad innegable de una raza ennoblecida por la selección natural del sentimiento” (192). La aparente santidad de Pío Cid y Morsamor la comparte Alina al presentarse al principio de la novela como una madre virgen, una mujer espiritual de aparente superioridad moral, pero los tres personajes recaen en el orgullo y en la búsqueda de intereses personales. Alina no va a participar activamente en la misa de campamento porque su conquista no es espiritual, sino que quiere atraer físicamente a Gonzalo en contra de los intereses de su esposo. A pesar de todo, sus deseos no se llegarán a realizar como tampoco España podrá conquistar a los marroquíes, que se mantienen como una amenaza constante.

Como ya hemos dicho, el mantenimiento y la adhesión de territorios africanos a la metrópoli española eran necesarios para mantener el prestigio entre las naciones europeas, aunque esta labor no podía llevarse a cabo fácilmente por la fuerte resistencia de los rifeños a ser sometidos. A través de los ojos de Alina vemos a los moros rifeños amigos de los españoles como seres animalizados e inmorales por la falta de adhesión total. Sin embargo, la esperanza está en los niños. En un diálogo entre Alina y un niño rifeño se deja claro el proceso de aculturación, homogeneización y centralización en torno a Madrid que llevan a cabo las instituciones del Estado moderno español y que sólo es posible a través de la instrucción desde la niñez:

- ¿Te quieres venir conmigo a España?
- ¿A Madrid?
- A Madrid.
- Los ojos del morito brillaron de alegría.
- Sí, sí...yo andar contigo...(185)

En este diálogo se ve claramente la identificación de España con la capital, con Castilla, lo que nos lleva al mito de Castilla centralizada y extendida de los ideólogos de la nación. El discurso orientalista es incorporado por de Burgos en la novela para describir a estos niños rifeños como seres por conquistar, descripción que nada tiene que ver con la imagen feroz de un enemigo:

[s]in sus vestiduras árabes, aquellos tres muchachos hubieran recordado las pastorales de Longo, y sin el sol ardiente del África, que traía entre sus rayos la visión de alcázares, califas y odaliscas a las tristes regiones del Rif, se hubiera pensado en los cantos escandinavos, la nebulosa poesía del Norte y las evocaciones wagnerianas. (186)

La percepción positiva de los niños vistos como seres estilizados es posible por su cercanía a la ciudad y la posibilidad de su absorción, aunque no dejan de verse como seres inferiores incapaces de expresarse correctamente en castellano, lengua que es sinónimo de raza superior según la propuesta finisecular del Hispanismo. Según Edward W. Said,

[T]he Orient is an idea that has a history and a tradition of thought, imagery, and vocabulary that have given it reality and presence in and for the West.

[. . .]

My argument is that history is made by men and women, just as it can also be unmade and rewritten, always with various silences and elisions, always with shapes imposed and disfigurements tolerated, so that “our” East, “our” Orient becomes “ours” to possess and direct. (5, xviii)

Alina, al describir a los niños comparándolos con sus propios referentes culturales europeos, se apropia de ellos, de su imagen, de su música. Los reinventa y asimila haciéndolos parte del “nosotros.”

La idea de asimilación está a lo largo de toda la novela. El cuartel de campaña establecido por el ejército español se presenta como el inicio de la creación de una ciudad y, por tanto, de un centro “civilizador” español, al que los rifeños deben adscribirse (172). La metáfora del fuerte militar como modelo para la futura ciudad marroquí contiene el concepto de murallas que la separan del campo de batalla, de igual manera que en el proceso de urbanización, el campo se opone a lo urbano bajo la idea de la civilización frente a la barbarie. Dentro de la ciudad civilizada futura, sólo los que se adaptan al modelo estatal impuesto por la élite y cuentan con la “educación cosmopolita” (168) de Alina son considerados como personas dignas y civilizadas, al resto se los considera inferiores, divididos en distintos estratos o clases, según sea el grado de su adaptación al modelo urbano-burgués y su posición social.

El trato que se les da desde la élite a los que se mueven dentro o fuera de esta ciudad varía desde el paternalismo con que se ve a la masa de soldados rasos que la transitan, similar al trato que recibe el proletariado de las ciudades; la desconfianza hacia los “moros adictos” al sistema a los que se ve como traidores pero que, aún así, comparten el espacio con los cristianos por las calles de Melilla; desconfianza igualmente para los judíos comerciantes a quienes se recluye en el barrio pobre del Polígono como “parias del mundo moderno” (174); y desprecio para los rifeños que no se someten y a quienes se describe como seres carentes de humanidad, llenos de defectos y fealdad. Estas categorizaciones no se hacen en torno a las diferencias raciales biológicas, ya que españoles y moros apenas si se diferencian, sino que surgen de acuerdo a las “castas, propias de los pueblos donde se mezclan diversos elementos étnicos” (174). El término de “casta” lo retoma la autora quizás irónicamente de la terminología que Miguel de Unamuno usa en su ensayo temprano y después efectivamente repudiado, *En torno al casticismo*, dando una superioridad moral al castellano como si la nacionalidad y la lengua dotaran al individuo de una raza espiritual superior. En realidad, la única diferencia entre los rifeños y los españoles es su grado de adaptación a la ciudad moderna. La adhesión al

Estado español se ve como la única salida para el pobre quien, víctima de la destrucción del ejército español, se ve forzado a someterse:

Los poblados de Frajana y Benisicar, incendiados por las granadas, ardían envueltos en un humo rojizo. Hombres, mujeres y chiquillos salían corriendo a la desbandada sin saber a dónde dirigirse; las bombas del Schneider les alcanzaban y al caer entre los grupos les destrozaban, arrojándoles por el aire como cascotes de una piedra rota al estallar un barreno. El único refugio estaba en el campo español, y la bajeza de los cabileños se demostró una vez más acudiendo a pedir con humildad amparo al enemigo. (210)

Con la identificación del “otro” tanto con el moro-almeriense como con el rifeño musulmán, y la adhesión forzada al Estado castellano, de Burgos rompe con el mito de la Castilla católica eterna y pacífica; con la idea de la voluntariedad de pertenecer a una nación, ya que se ve como algo forzado; y con el mito del paisaje uniforme, como dijimos, ya que lo que la autora refleja *En la guerra* es una geografía rifeña y peninsular dominada por el mar y las montañas rocosas: “la entrada de la Península de Tres Forcas, en cuyas costas abruptas se alzan promontorios de rocas, acantilados, y laderas formando las ensenadas de los Galápagos y de los Charranes” (177).

En su deseo de desmitificar el imaginario nacional, Colombine también va a sacar a la mujer ideal pasiva de los libros para convertirla en una mujer que puede desear, odiar, ser fea, o dar miedo y que nada tiene que ver con la imagen de mora orientalizada en otras narraciones de guerra, o como mujer objeto de los romances moriscos. Como afirma la autora, “[l]as leyendas de su apasionamiento eran tan falsas como las de su belleza” (210); tampoco las mujeres se parecen a las vírgenes pre-rafaelitas que le sirvieron de modelo estético al decadentismo de Valle Inclán en sus *Sonatas*; ni a las campesinas complacientes de los textos bucólicos. Por ello, mientras que para Ganivet la mujer tiene que adaptarse en el ideario nacional a la imagen de la Virgen María, como la madre que vive para amar y procrear, para otros autores como Azorín o Unamuno, la mujer se asocia además con el paisaje, como un elemento decorativo y eterno. Como señala Roberta Johnson, para estos ideólogos la mujer está asociada con la geografía y con lo eterno del paisaje, donde las campesinas ofrecen un espacio de paz para el hombre (36).

Frente a esta imagen de la mujer como paisaje, de Burgos denuncia en *En la guerra* la explotación de la campesina, deforme por el trabajo y víctima del patriarcado y del sistema nacionalista que se lleva a sus hombres a la guerra o les asigna roles sociales y trabajos que no contribuyen a la cooperación en el hogar, dejándolas a ellas solas y desprotegidas, sin poder atender a sus hijos, feas y envejecidas por los abusos: “[d]edicadas a los trabajos más rudos, esclavas de los dueños que no se ocupan más que de la caza en su vida de molicie, de zoco en zoco; prematuramente maduras bajo el sol de llamas de aquel abrasador clima africano, las moras eran todas feas, deformadas, negras (211).

En la Europa finisecular, las teorías evolucionistas darwinistas que se aplicaron al negro para la explotación de África, también se aplicaron a la mujer para mantenerla sometida bajo la supuesta superioridad racional del hombre. Para refutar esta conceptualización, de Burgos tradujo del alemán *La inferioridad mental de la mujer* escrita por el neurólogo Paul Möbius en 1900. Si Möbius se justifica diciendo que la mujer tiene el cerebro más pequeño que el hombre, otras teorías seudocientíficas intentan convencer de que lo mejor es que la mujer no participe activamente en el coito para la procreación, de manera que no se desarrolle su sexualidad o deseo erótico y se mantenga en un estado pasivo frente a las disposiciones del hombre. Como estudia Robin Ragan la imagen de belleza de la mujer finisecular se correspondía con la de un ser pasivo, sin deseo, blanca, enferma, moribunda y estática, semejante a la imagen pictórica de una virgen pre-rafaelita: “[t]he link between women’s sexuality and illness found its way into a debate on women’s physiology. [. . .]. In 1875, Angel Pulido’s journal published an article suggesting women need not participate in the sexual act at all” (241).

De Burgos reacciona frente a este imaginario de mujer castrada como un objeto pasivo. En el comienzo del relato aparece una mujer protagonista rubia —la única rubia del relato—, bella, blanca y asexuada que ama a todos los hombres con amor maternal y dependiente del marido. Esta imagen reproduce la imagen de una virgen pre-rafaelita según los términos de Ragan, pero el personaje de Alina va a evolucionar convirtiéndose en un ser activo al sentir un amor erótico y pasional por un hombre en particular, Gonzalo, lo cual va a desestabilizar su matrimonio. Es curioso que en esta inversión del mito, Alina va a besar al hombre muerto para dejar “en la helada boca aquel beso, negado, que le quemaba los labios como un ascua candente” (217). Este beso al hombre muerto contrasta con la estética de belleza modernista de la mujer moribunda y muerta como objeto de deseo.

Desde otra perspectiva, de Burgos también podría oponerse a la imagen de la Odalisca marroquí. Martín-Márquez ve la imagen de la Odalisca como parte de los discursos orientalistas en los que se presentaba a la tierra africana por conquistar como a una mujer exótica (130-35). En *En la guerra* los hombres no tienen la posibilidad de enamorar a ninguna mujer bella rifeña, por lo que la apropiación territorial parece que tampoco se podrá llevar a cabo. El objeto de deseo en la novela no es una Odalisca sino un hombre joven y atractivo, Gonzalo, quien también va a morir antes de que la conquista se consume. La imagen orientalista de la Odalisca se refleja en la novela *Aita Tettauen* de Benito Pérez Galdós, escrita sobre el avance de Ceuta a Tetuán entre 1859 y 1860. El avance sobre Tetuán se produce en esta novela al mismo tiempo que el protagonista Santiuste consigue el amor de la bella Yohar, judía de origen español. Se trata de la feminización de la ciudad ocupada. Al contrario, en *En la guerra* la imagen de Ceuta es totalmente masculina ya que “[p]arecía que en Melilla cristianos, moros y judíos rivalizaban en ocultar a sus hembras” (167). Las mujeres rifeñas campesinas no son exóticas ni deseables, y las mujeres de los oficiales del ejército y de los rifeños que no son campesinos están todas encerradas en sus casas. Esta masculinización del espacio público va a ser representativa de la división genérica propuesta en los Estados modernos a la vez que refleja la imposibilidad de conquistar Marruecos.

En la narración, es importante notar que lo que se nos cuenta se ve a través de los ojos de una mujer. Alina es el punto focalizador, ella es la que mira, no la observada; ella es la que siente y ve al hombre como objeto de deseo o al rifeño desde una perspectiva orientalista. Su papel es contradictorio, ya que por una parte representa y actúa como una burguesa occidental, y por otra parte rompe con las imposiciones que la sociedad burguesa le impone, comportándose como una mujer libre, fuera de la estética libresca o discursiva.

La respuesta de Carmen de Burgos a la diferenciación genérica será la deconstrucción del concepto del valor militar y de la exaltación de la virilidad para mostrar el verdadero objetivo del mito del soldado valiente, como el de la feminización de la mujer ideal, que no es otro que el sometimiento de ambos a ciertos papeles sociales, construidos como algo artificial. Martín-Márquez, al analizar la obra *En la guerra*, aplica las teorías del teórico decimonónico George Mosse para referirse a la construcción del género, tanto de la virilidad como de la femineidad, en los movimientos nacionalistas. Martín-Márquez acentúa el hecho de que uno de los personajes rifeños, el joven David, tiene un carácter afeminado en su actuación al servicio de Alina (172). David no se comporta como los soldados que deben mostrar valor y fuerza, valores aprendidos por los hombres occidentales de la novela mediante la instrucción recibida. George Mosse presenta la falta de virilidad como degeneración racial, cuya idea aprovecha Martín-Márquez para demostrar la interconexión existente en la construcción del género y la raza como conceptos no naturales sino creados dentro de la jerarquización social estatal (177). Si el personaje de David está fuera del engranaje del ejército y, por tanto, del Estado moderno y civilizado al que está destinado a servir, también lo están las mujeres rifeñas que aparecen caracterizadas por su fiereza, falta de sensibilidad o belleza. Casi como un modelo masculino, se describen carentes del comportamiento moral de la mujer moderna al decir que “[a]maban a los hombres con amor de hembra, que se da por igual a toda virilidad y a toda fuerza” (210-11).

La mujer occidental burguesa tiene unos modelos de actuación que debe respetar para moverse en su sociedad. Azorín, en su obra *El alma castellana* (1900), destaca en varios de sus capítulos las distintas categorías de las mujeres europeas en los siglos XVII y XVIII, que eran principalmente el de esposa, el de madre y el de prostituta. Sus ensayos nos recuerdan la historia de la sexualidad escrita por Michel Foucault, *The History of Sexuality* (1984), acerca de la represión de la sexualidad de los Estados modernos y cómo era necesario controlar no sólo a la mujer sino también al proletario para dominar, centralizar y aumentar la producción. Sin embargo, ante estas ideas, con el cambio de siglo surge un discurso feminista que hace que ideólogos patriarcales como Azorín, entre otros, se apresuren a reforzar los papeles tradicionales de la mujer en sus escritos. Como sostiene Roberta Johnson,

El alma castellana reveals that as early as 1900 Arorín had more ambivalent feelings about women’s role in society than he was willing to admit in his journalistic pieces. By 1912, he was covertly arguing in *Castilla* for very traditional social roles for women, a progressively conservative trajectory that contrasts sharply with the increasingly visible feminist public discourse. (56)

Este refuerzo en los discursos patriarcales de los roles tradicionales de la mujer en la nación española hace que se suprima todo lo referente a la sexualidad en los discursos e incluso la voz femenina. Pero la represión sexual no sólo afectará a la mujer, sino también al hombre. Es interesante que *En la guerra* el personaje del marqués de San Mario le explique a Alina cómo, en el pasado, cuando los militares estaban en Casablanca, las mujeres iban a visitarlos a los campamentos, cosa ya prohibida en la nueva organización de Melilla.

Para evitar la censura, la autora retoma la metáfora del caballo para referirse a las prostitutas, sobre cuyo significado metafórico ha escrito Muriel R. Schulz en su artículo “The Semantic Derogation of Woman” (1975): “[h]orse metaphors used to denote women have also undergone sexual derogation. *Harridan* ‘a worn-out horse’ seems to have originally been used as a metaphor for ‘a gaunt woman,’ then ‘a disagreeable old woman,’ and later ‘a decayed strumpet’ or ‘a half-whore, half-bawd’” (86).

De Burgos aplica esta connotación semántica a la mujer en boca del marqués de San Mario, quien explica su experiencia placentera en Casablanca, en comparación con las nuevas restricciones estatales en su estancia en Melilla: “allí estábamos mejor...las señoritas venían a visitarnos a caballo a los campamentos...Había tertulias, fiestas...A nadie se le ocurría prohibirlo ni criticar a las damas francesas por una cosa tan natural... Decididamente no estamos aún europeizados...Yo tenía un caballo...” (169).

El marqués añora las libertades del pasado frente a las restricciones del nuevo Estado moderno que intenta borrar todo lo instintivo para sustituirlo por la razón, base necesaria para llegar a la categoría de Estado civilizado y, por tanto, europeo. Pero como el propio personaje indica, España se encuentra a la cola de Europa en cuanto al desarrollo de la modernidad y civilización, ya que, como vemos, aún no están totalmente dominados los instintos.

En contra de la castración sexual, de Burgos propone una vuelta al cuerpo como un comportamiento digno y no degenerativo, constituyéndose como precursora de otras feministas como Helène Cixous que también abogaría por lo mismo años más tarde. Maryellen Bieder estudia las reivindicaciones feministas que Colombine expuso en su libro *Mujer moderna y sus derechos* (1927):

Burgos rechaza la exaltación tradicional de la figura femenina como madre, considerando que la idealización de la maternidad no es más que una forma de la esclavitud que niega valor y funciones a las mujeres sin hijos. Plantea en cambio que el feminismo fortalece los lazos familiares y de afecto en general: Ser feminista es ser mujer respetada, consciente, con personalidad, con responsabilidad, con derechos, que no se oponen al amor, al hogar, a la maternidad. (235)

Alina va a mirar de frente a Gonzalo en *En la guerra* como una mujer corporal. Años más tarde, en otra novela corta de Colombine, *La mujer fría* (1922), también se produce una evolución parecida de la imagen de mujer pasiva que es deseada hasta que muestra su deseo. En esta otra novela corta, Blanca es una viuda que conoce a un hombre por el que

siente un deseo erótico. Cuando lo muestra abiertamente, empieza a ser rechazada por él. Como analiza Robin Ragan,

Blanca's indifference to the inquiring gaze is only maintained when she is confronted with the nameless masses: those wanting power from her or over her, wanting to possess her. When Blanca is confronted with real sexual desire from a single individual, she does not look away. It is here that she begins to break with Pre-Raphaelite norms. As her relationship with Fernando progresses, the eyes and the gaze reveal power relations between the two. (246)

Este proceso de cambio de una mujer pasiva a una mujer activa que mira y tiene poder es el mismo proceso que ocurre con Alina, e igual que Blanca será rechazada por Fernando, Gonzalo muere antes de que Alina pueda ejercer su poder sobre él. Alina quedará viuda de Luis y sin posibilidad de desarrollar su pasión por Gonzalo. Es decir, que la mujer que se atreve a cruzar las barreras sociales se queda desprotegida y castrada igualmente en un sistema opresor.

Por otra parte, es destacable la ausencia de relaciones y solidaridad entre las mujeres que aparecen en el relato. Al principio Alina es una mujer burguesa que se presenta sola, totalmente controlada y observada. Se puede decir que es víctima del sistema opresor patriarcal que la venera como la imagen de una virgen incorpórea, al igual que las otras esposas burguesas están también oprimidas y guardadas en sus casas sin tener acceso al espacio público. Lo interesante es que Alina, a la vez que es víctima del sistema burgués, es también opresora de otras mujeres a las que discrimina de acuerdo al mismo orden que a ella la encarcela, idea precursora que después retomarían las feministas poscoloniales en el llamado *US Third World Feminism*. Así, vemos cómo es ella quien juzga a las mujeres moras o de clase baja como seres sin moral, feas, enfermas, y animalizadas, cargando en su huida a sus hijos, de los cuales “muchos morirían entre el incendio de su dchar, porque se habían acordado más de los animales que de ellos” (211). Con este detalle, Alina está encorsetando a las moras en un papel de madre que no desarrollan como deberían, según la moral burguesa. También Alina les critica su falta de pudor, tomando como modelo el del recato de la mujer pura, por lo que al hablar de las campesinas, describe que “[v]enían cargadas de enseres de sus casas, sin cuidarse del recato de cubrirse el rostro, enseñando tatuajes en los brazos y las secas y largas piernas” (211). E igualmente les critica su sexualidad al decir de ellas que “[a]maban a los hombres con amor de hembra” (210-11), lo que sugiere una identificación con los animales. Es decir, Alina pone límites al comportamiento de la mujer encuadrados en las mismas normas que la hacen a ella víctima.

En contraste con la negatividad con la que se ve en la novela a las mujeres rifeñas, la imagen de “la mora” presentada en los artículos periodísticos contemporáneos escritos por Carmen de Burgos es positiva. Gabriela Pozzi nos informa sobre esto, afirmando que “Colombine is befriended by these women who appear to give her ‘carta de naturaleza.’ They seem to accept her as one of them by calling her ‘Mora, morita’ instead of ‘española’” (193). El punto de vista positivo es significativo ya que sabemos que nuestra autora luchó por integrar los derechos de todas las mujeres a favor de las obreras y contra

la discriminación clasista (Núñez Rey, *Carmen de Burgos* 241). Estos hechos nos dan un indicio para analizar cómo la mujer burguesa custodiada de los Estados modernos, encarcelada y castrada, es manipulada para que se mantenga aislada con respecto a las mujeres de su misma clase social y discrimine al resto de las mujeres por cuestiones de clase o etnia. Alina, al principio de la novela, siente por todos los hombres un amor maternal, aunque no sucede así con las mujeres. Esto es una denuncia que Colombine lanza sobre la desunión de las mujeres y la falta de solidaridad entre ellas, ya que mientras los hombres están totalmente organizados, las mujeres están desmembradas y desunidas, lo que las mantiene sin fuerza.

En la presentación de la alegoría del proceso de modernización de España, el discurso crítico de Colombine se aplica a varios niveles: por un lado, se presentan los conflictos internos del país en cuanto a la organización centralizadora del Estado moderno, de acuerdo a los cambios sociopolíticos que se están produciendo en toda Europa en el cambio de siglo; por otro, la crítica se expande a la idea del imperialismo colonial español finisecular al presentar la conquista africana como una empresa imposible de llevar a cabo que sólo aporta pérdidas humanas y materiales, sin atender al verdadero estado de crisis de la España de principios de siglo XX; y, por último, se hace una reflexión sobre el papel de la mujer en la sociedad moderna. En definitiva, *En la guerra* constituye una crítica profunda al orden social y patriarcal establecido en la constitución del Estado moderno en España que discrimina por etnia, género y clase a favor de unas oligarquías poderosas. La obra se concibe, además, como un ataque frontal a todo el imaginario nacional creado para consolidar un orden que se propone como civilizador, a la misma vez que usa la fuerza para reprimir a aquellos que no se dejan someter por el sistema.

UNIVERSITY OF MISSOURI-COLUMBIA

Obras citadas

- Alarcón, Pedro Antonio de. *Diario de un testigo de la guerra de África*. Madrid: Ediciones del Centro, 1974.
- Álvarez Junco, José. *Mater dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001.
- Aronna, Michael. "Pueblos enfermos." *The Discourse of Illness in the Turn-of-the-Century Spanish and Latin American Essay*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 1999.
- Barriuso, Carlos. *Los discursos de la modernidad. Nación, imperio y estética en el fin de siglo español (1895-1924)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.
- Bauman, Zygmunt. *Legislators and Interpreters. On Modernity, Post-Modernity and Intellectuals*. Cambridge: Polity Press, 1987.
- Bieder, Maryellen. "Carmen de Burgos: una mujer española moderna." Ed. Lisa Vollendorf. *Literatura y feminismo en España (s. XV-XXI)*. Barcelona: Icaria, 2005. 225-40.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *La barraca*. Eds. José Mas y María Teresa Mateu. Madrid: Cátedra, 2000.
- . *Cañas y barro*. Madrid: Alianza, 2008.
- Burgos, Carmen de. *En la Guerra*. En *La flor de la playa y Otras novelas cortas*. Ed. Concepción Núñez Rey. Madrid: Instituto de la Mujer, 1989. 163-218.
- . *Los inadaptados*. Valencia: F. Sempere, 1909.
- . *La mujer fría y otros relatos*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1996.
- Cánovas del Castillo, Antonio. *Discurso sobre la nación. Ateneo de Madrid, 6 de noviembre de 1882*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.
- Cobb, Martha. "Afro-Arabs, Blackamoors and Blacks: An Inquiry into Race Concepts Through Spanish Literature." Ed. Miriam DeCosta. *Blacks in Hispanic Literature. Critical Essays*. Port Washington, N.Y.: Kennikat Press, 1977.
- Foucault, Michel. *Discipline and Punish. The Birth of the Prison*. Nueva York: Vintage Books, 1978.
- . *The History of Sexuality. An Introduction I*. Nueva York: Vintage Books, 1990.
- Ganivet, Ángel. "Idearium español." *Idearium español. El porvenir de España*. Ed. Inman Fox. Madrid: Espasa Calpe, 1999. 43-155.
- . *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*. Ed. Fernando García Lara y Raúl Fernández Sánchez-Alarcos. Granada: Diputación Provincial de Granada y Fundación Caja de Granada, 2000.
- Hurtado, Amparo. "Biografía de una generación: las escritoras del noventa y ocho." Ed. Iris M. Zavala. *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*. Barcelona: Anthropos, 1998. 139-154.
- Johnson, Roberta. *Gender and Nation in the Spanish Modernist Novel*. Nashville: Vanderbilt UP, 2003.
- Kirkpatrick, Susan. "Gender and Modernist Discourse: Emilia Pardo Bazán's *Dulce dueño*." Ed. Anthony L. Geist y José B. Monleón. *Modernism and its Margins: Reinscribing Cultural Modernity from Spain and Latin America*. Nueva York: Garland Press, 1999. 119-39.
- Lecuyer, M. C. y C. Serrano. *La guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne*. París: Presses Universitaires de France, 1976.
- Martín-Márquez, Susan. *Disorientations. Spanish Colonialism in Africa and the Performance of Identity*. New Haven: Yale UP, 2008.

- Martínez Ruiz, José (Azorín). *El alma castellana*. Ed. María Dolores Dobón Antón. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1995.
- Möbius, Paul Julius. *La inferioridad mental de la mujer: La deficiencia mental fisiológica de la mujer*. Trad. Carmen de Burgos Seguí. Valencia: Sempere, 1900.
- Núñez Rey, Concepción. *Carmen de Burgos, Colombine, en la Edad de Plata de la literatura española*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2005.
- . "La narrativa de Carmen de Burgos, Colombine. El universo humano y los lenguajes." *Arbor Ciencia, Pensamiento y Cultura*. 182.790 (2006): 347-61.
- Paredes Méndez, María Francisca. "Cara a cara con la mujer moderna: Carmen de Burgos y la lucha por la liberación de la mujer." *La regeneración y la ficción española de 1900 a 1931*. Diss. Kansas U, 2002.
- Pérez Galdós, Benito. *Aita Tettauen*. Madrid: Akal, 2004.
- Pozzi, Gabriela. "Carmen de Burgos and the War in Morocco." *MLN* 115.2 (2000): 188-204.
- Ragan, Robin. "Carmen de Burgos's 'La mujer fría': A Response to Necrophilic Aesthetics in Decadentist Spain." Ed. Anne J. Cruz, Rosilie Hernández-Pecoraro y Joyce Tolliver. *Disciplines on the Line: Feminist Research on Spanish, Latin American, and U.S. Latina Women*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 2003. 235-55.
- Said, Edward W. *Orientalism*. New York: Vintage Books, 1979.
- Schulz, Muriel R. "The Semantic Derogation of Woman" (1975). Ed. Lucy Burke, Tony Crowley, Alan Girvin. *The Routledge Language and Cultural Theory Reader*. London: Routledge, 2000. 82-91.
- Torres-Pou, Joan. "El viaje a Oriente en la literatura femenina española: Carmen de Burgos, Aurora Bertrana y Rosa Regás." *Neophilologus* 90 (2006): 39-51.
- Ugarte, Michael. "The Generational Fallacy and Spanish Women Writing at the Turn of the Century." *Siglo XX* 12.1-2 (1994): 261-76.
- . "Carmen de Burgos (Colombine). Feminist Avant la Lettre." Ed. Kathleen M. Glenn and Mercedes Mazquiaran de Rodríguez. *Spanish Women Writers and the Essay. Gender, Politics and the Self*. Columbia: U of Missouri P, 1998. 55-74.
- Valera, Juan. *Morsamor*. Madrid: Celeste, 2000.
- Wood, Jennifer J. "A Woman Writing War in 1909: Colombine in Melilla." *Letras Peninsulares*. 12.2-3 (1999-2000): 373-85.